

cual la potencia ha salido ya de la quietud latente de la potencialidad pura, y, por tanto, parece haber sido actual ya con relación á ésta, pero aún no ha llegado á la existencia real, á la actualidad saciada; luego, contemplada desde ésta, pertenece todavía á la potencialidad. El estado de potencia, dice el celebrado filósofo berlinés, es en el momento de la iniciativa otro que el que ha sido antes, y otro también que el que será cuando el impulso primitivo haya hecho efecto y entrado en plena acción. Este estado intermedio está, dice, todavía antes de aquella actualidad y realidad que solemos comprender bajo el predicado "ser"; pero se halla más allá de la potencia pura en estado de generación, usado este término en el sentido eminente en que significa paso del no ser al ser<sup>1</sup>.

Véase, pues, que E. VON HARTMANN ha sacado de la potencia el apetito que está en ella como mera disposición, haciendo de él un puente por donde la potencia pase al acto. Los peripatéticos conocían también semejante traducción mediadora bajo el nombre de movimiento, alteración ó generación (*feri*). Cuando se lee la exposición de VON HARTMANN, podría creerse que había flotado ante su mente, aunque sin suficiente claridad, la genuina doctrina aristotélica del movimiento como transición de la mera potencialidad á la acción actual. Pues la descripción que hace cuadra por más de un concepto al "movimiento", de los peripatéticos, que no era ni pura potencialidad ni completa actualidad, sino que había de ser como la vía que de la potencia conduxese al acto. Pero, contra su propia declaración, el filósofo berlinés ha convertido de hecho su "iniciativa", en una actualidad consumada y perfecta. Pues la voluntad, pasando á la iniciativa, es la que actúa la "idea, ó "representación", la saca, la aprehende, se la asocia y la entrega á "la inocente", al torrente del ser y á los tormentos del proceso. Semejante acto de consociación ó enlace marital, como dice VON HARTMANN, puede ser ejercido solamente por un ser que obra actualmente, y por tanto, que existe también con actualidad.

Mencionando el "movimiento", hemos nombrado un concepto al cual la filosofía peripatética de la naturaleza reconocía importancia transcendental. "El que no entiende el movimiento, no entiende la naturaleza", dice ARISTÓTELES<sup>2</sup>. Es preciso que dediquemos un estudio aparte á esta noción capital.

<sup>1</sup> *Filosofía de lo inconsciente*, sexta edición, pág. 791.

<sup>2</sup> Lib. III, *Phys.*, cap. 1, 260 b, 10.

## § III

## El movimiento.

**371.** La noción central de la filosofía de la naturaleza es el concepto de la naturaleza misma. Los aristotélicos definieron la naturaleza, según en su lugar (núm. 353) hemos expuesto, diciendo que lleva en sí, en su interior, la razón de los movimientos (mutaciones) que en ella se verifican. Mientras que los objetos producidos por el arte no llevan como tales en sí ningún principio de movimiento, sino que reciben de fuera todas las mutaciones que en ellos suceden, la cosa natural lleva en sí misma la razón activa de sus movimientos y la movilidad pasiva, con respecto á la cual le es natural cierto complejo de movimientos; ella misma se edifica, se conserva, se comunica, se muda.

Infírese de esta definición que la noción del movimiento preponderaba sobre toda otra en el concierto de la antigua filosofía natural.

Cuando se trata de movimiento, todos piensan al punto en cambio de lugar ó en mutación de las relaciones externas de una cosa con otra respecto de la coexistencia y distancia locales. En efecto, el movimiento local, como es el más conocido de nosotros, así es en la naturaleza el más comprensivo de todos<sup>1</sup>.

En los números 128 y 186 hemos ponderado, con toda la insistencia que merece, el hecho de que todo proceso del mundo corpóreo va acompañado de movimiento local, bien sea una impresión mecánica, ó bien una transformación química, bien una evolución orgánica. Lo que parece estar inmóvil, mirado más cerca resulta que se halla en movimiento, ó por lo menos en una serie de estados de movimiento. Los fenómenos de luz y de calor se verifican por vía de movimiento, lo mismo que las combinaciones y generaciones. No hay quietud en ninguna parte; todo se agita; nunca cesa lo que se está haciendo, de hilar sus hilos misteriosos, y donde hay hacerse (*feri*), allí hay también movimiento. El movimiento que se manifiesta en cambios de lugar es el gran poder excitador de la naturaleza, el que inicia cuantos procesos se efectúan en ella: *motus localis est motus primus in natura*, según dijo SANTO TOMÁS. La mayor parte de los movimientos se substraen á nuestra observación. Si todo el género humano no fuese más

<sup>1</sup> "Quidquid invenitur moveri aliis motibus, movetur motu locali" (S. THOMAS, in I. XI *Met.*, lect. 8.—Conf. in I. VIII *Physic.*, lect. XIV, in I. II *De caelo*, lect. X.)

que un solo hombre, apenas hubiera notado el movimiento de las estrellas fijas: tan majestuosamente grandes son ellas; y si el más pequeño infusorio poseyera la vista del químico provisto de los mejores instrumentos imaginables, no podría percibir los movimientos que se verifican en los procesos químicos; tan diminutos son. Mas aun allí donde podemos ver el movimiento, su esencia es obscurísima, por manifiestos que sean su principio, progreso y fin. Es más fácil, para el hombre acostumbrado á reflexionar, explicar lo que es tendencia que lo que es movimiento local.

372. En la filosofía antigua, según arriba hemos visto, se tomaba el término "movimiento", en un sentido mucho más lato, estableciéndose un concepto general de movimiento que, á más de otros, contenía también el movimiento local como caso especial. Empleábase la palabra *motus* para toda suerte de alteraciones ó mutaciones, y en su sentido más lato é impropio se significaba con ella toda acción; así que PLATÓN pudo decir de Dios que se movía á sí mismo, á pesar de que en Dios no puede haber ninguna especie de mutación. Requiérense para toda mutación dos estados, y algo que pasa de un estado á otro. Era, empero, la costumbre circunscribir la palabra movimiento á la designación de aquellas transiciones que no se efectúan instantáneamente, sino que presentan el aspecto de un progreso paulatino <sup>1</sup>. La cosa susceptible de mutación y que ya se halla en movimiento, ya ha salido del estado de potencia pura; pero su salida no ha acabado, antes es esencial en que se halle todavía en el camino de la salida definitiva del estado potencial al acto perfecto. La mutación ó producción de una cosa, por ejemplo, consiste en que los factores necesarios para la construcción están realmente ocupados en la construcción de ella.

La posibilidad de semejantes mutaciones y del *devenir* ó *ser* en general ha sido puesta en tela de juicio por los eleatas, y en particular por ZENÓN, en los tiempos antiguos, y en los modernos por HERBERT, de igual modo que lo fué la posibilidad de la continuidad. Los sofismas á que para ello se ha recurrido suelen ser propuestos á los alumnos en las clases de Filosofía para que destruyan ejercitándose en el arte Dialéctica. Parece, á la verdad, que es la suerte universal de aquellas cosas que para el común de las gentes encierran el menor misterio — el color, la luz, el sonido, el movimiento, la continuidad — el que sean ahondadas por profundísimos pensadores hasta convertirse en los arcanos más tenebrosos. "Cuán vanas son, observa O. LIEBMAN en un intervalo limitado, las tretas filosóficas de una especulación superprudente

<sup>1</sup> "Motus non est ens completum, sed est via ad ens, quasi existens inter potentiam puram et actum purum." (S. THOM., 4, dist. I, q. 1, a. 4, q. 2.—Conf. in I. III *Physic.*, lect. 3.)

ante la realidad palpable! ¡qué hueros los pensamientos escépticos, cómodamente alojados en el cerebro, frente á las cosas enormes que se chocan tan duramente en el espacio inmenso!

Und wenn sie dir die Bewegung läugnen.  
Geh' ihnen vor der Nas' herum! <sup>1</sup>

dice GOETHE.,

ARISTÓTELES define el movimiento "realización de aquello que está en potencia en cuanto es tal., ó bien "realización progresiva de aquello que es posible., y, finalmente, "realidad principiada pero aún no concluida, progresando hacia su ulterior perfección., <sup>2</sup>.

El Estagirita parte, como se ve, de dos conceptos para explicar el del movimiento: de los conceptos de *potentia* y de *actus*, determinando el movimiento como paso progresivo de aquélla á éste. Como quiera que penetra hondo, no luce en su definición el brillo de la superficialidad insulsa.

373. El movimiento más conocido de nosotros es, como ya hemos dicho, aquel que se nos presenta en el cambio de lugar. En tiempos recientes se creyó haber dado una explicación profunda de este movimiento reduciéndolo á espacio y tiempo, y diciendo que el movimiento era sucesión de tiempo en el espacio, ó bien continuación de espacio en el tiempo. Los que tal dijeron olvidaron solamente que jamás conviene iluminar el sol del medio día con farolillos de sereno, pues mucho mejor sabemos lo que es movimiento que lo que son espacio y tiempo. No por eso negamos que haya relaciones íntimas entre aquellos conceptos gemelos y el movimiento; pero se debería derivar el tiempo y el espacio del movimiento, y no al revés, ya que así juzga al menos el entendimiento llano á pesar de todas las protestas de las gentes dadas á fantasear. Además no se ha advertido que el movimiento no es el cambio de lugar mismo, sino que en éste sólo se manifiesta. "El que por el movimiento el lugar de una cosa sea ora éste ora aquél, es consiguiente al movimiento, y por lo tanto, no puede ser la noción en que radique el movimiento. Si se define el movimiento como cambio de lugar, no es esto más que una señal externa y consecuencia secundaria de su esencia, pero no constitutiva de esta misma <sup>3</sup>., El movimiento mismo no es propiamente accesible á la percepción, sino que se infiere sólo de la mutación de lugar. "No vemos el cuerpo

<sup>1</sup> "Y cuando te nieguen el movimiento, pásate delante de sus narices." (*Annas. d. Winkl.*, pág. 78.)

<sup>2</sup> L. III *Physic.*, c. I, 201 a. II, y I. VIII, c. III, 204 b, 26; I. VIII *Physic.*, c. I, 252 a, 9; I. X *Physic.*, c. IX, 1065 b, 33. Conf. S. THOM., in I. III *Physic.*, lect. 2.

<sup>3</sup> TRENDLENBURG, *Disquisiciones lógicas*, I, pág. 151.

moverse; no hacemos más que inferir que se ha movido<sup>1</sup>. El cambio de lugar exteriormente visible presupone como razón suya un cambio interno y cualitativo, accesible solamente al pensamiento. Luego el profundo griego ha superado á todos los teóricos del movimiento de la Edad moderna concibiendo también el llamado movimiento local como realización continuamente progresiva de cierta posibilidad (*potencia*). Como quiera que el cambio de lugar se me presenta como *paso* del lugar donde está la cosa á otro donde no está todavía, pero *puede* estar, no debo ver en el movimiento, ni una especie de mera posibilidad, ni de realidad consumada; antes lo debo reconocer como una especie de mutación (*feri*), como transición de lo posible á lo real, como energía incompleta, como principio de realización de aquello que sólo es en potencia. Hallándose un cuerpo en algún lugar, posee á la vez la posibilidad positiva de estar en otro. La realización mencionada se encamina pues, esencialmente á manifestarse como cambio de lugar. Ahora el cambio de lugar posee una yuxtaposición y una sucesión. Considerado con respecto á la yuxtaposición, origina el concepto de *espacio*; considerado relativamente á la sucesión, engendra el de *tiempo*. Consecuencia del movimiento es que el lugar de un cuerpo sea continuamente otro; esta consideración nos ofrece inmediatamente la noción del espacio, en cuanto el espacio, no sólo es la extensión abstracta que un cuerpo en estado de quietud llena con la suya, sino la universalidad de todos los lugares adonde un cuerpo puede moverse. No menos directamente la duración del movimiento nos suministra la noción del tiempo. Con relación al espacio, el movimiento sigue una *dirección* determinada; en atención al tiempo empleado para recorrer un espacio, se atribuye al movimiento *celeridad*.

Potencia-movimiento-acto perfecto: he aquí tres nociones que sólo desde el punto de vista teleológico consideradas encierran un sentido racional. Lo mismo debe decirse del cambio de lugar consiguiente al movimiento; la teleología es su vena vital: consideración que deben tener presente todos aquellos que, confiados en la omnipotencia de la mecánica ó del cambio de lugar, creen poder renunciar al concurso de la teleología.

374. El movimiento local que las cosas tienen de naturaleza, tiende en general á llevar las cosas á aquel lugar que les compete según las leyes universales de la naturaleza, atendida su relación á las demás cosas de este mundo. Como quiera que todos los cuerpos naturales existen para obrar unos sobre otros, y se requiere contacto para que lo consigan, pudo pensarse en una apro-

<sup>1</sup> Linn, *Propylæa de las ciencias naturales*, I, pág. 71.

ximación mutua universal, llamada vulgarmente atracción. Mas este pensamiento no fué expresado por los antiguos peripatéticos, puesto que carecían de los medios con que hubieran podido interpretar bien y conciliar las observaciones de fenómenos al parecer contradictorios.

Muy á menudo el movimiento local es el medio por el cual se efectúa *aumento* y *diminución* de las cosas. El aumento y crecimiento consiste en que á una substancia ya formada se incorpora otra que se compone con ella, según la posibilidad, aunque realmente están separadas, y á veces aun son diferentes entre sí. Semejante agregación no es posible sin mutación local.

Con frecuencia el movimiento local conduce á mutaciones cualitativas (*ἀλλοίωσις*, *alteratio*). Así puede — repitiendo un ejemplo de que se ha hecho mucho uso en tiempos recientes — la celeridad mecánica (*impetus*) convertirse en calor: lo cual quiere decir que la cualidad que retenía el gasto de movimiento en cierta determinación puede ceder su lugar á otra que da cierta otra disposición al mismo movimiento.

Finalmente, la alteración, junto con el movimiento local que le precede, inicia muchas veces la *generación* propia de cosas nuevas, la mutación substancial de las cosas. Donde quiera que ésta se verifica de hecho en la naturaleza, presupone necesariamente el movimiento local. Pues toda mutación es originada por el encuentro de una cosa que la produce con otra en la cual es producida, ó sea de un elemento operativo y de otro pasivo. Semejante encuentro presupone necesariamente contacto local, y éste no puede ser efectuado, dadas la separación y distancia real de las cosas, sino mediante el movimiento local. Así sucede que el movimiento local, á modo de suplemento de la coexistencia que falta, es la presuposición necesaria, como de toda operación de unas cosas sobre otras, así también en particular de las mutaciones substanciales. El movimiento local es, por lo tanto, el primero en ejecutar todas las mutaciones en el mundo de los cuerpos, lo mismo en cuanto á la causalidad que según el tiempo y el concepto<sup>1</sup>.

Concedido ahora que el movimiento local, ó si se quiere mecánico, hace cognoscibles en cierto sentido todos los procesos naturales y puede servir de medida para calcularlos, no debe colegirse de ahí que los fenómenos naturales tengan su explicación suficiente en sólo él. Es justo y bueno contemplar la naturaleza por su lado mecánico, pero no es posible apurarlo todo con este méto-

<sup>1</sup> «Motus localis est primus inter omnes motus... quia sine ipso non potest esse aliquis aliorum, motuum...» (*Sæm. c. genl.*, I. III, c. LXXXIII.) «Motus localis est primus, non solum quia celorum motus est omnium primus, sed quia reliqua agentia moventur aliis motibus loco præsupposito quem motu locali acquirunt.» (Tolet, in I. IV *Physic.*, c. I.)

do. Sobre las causas mecánicas están las causas finales, y sobre la materia está la forma <sup>1</sup>.

Por oposición á los antiguos atomistas, que, empezando por negar la producción ó *feri* y toda alteración cualitativa, tratan de reducirlo todo en la naturaleza á mero cambio de lugar de substancias invariables en sí, ARISTÓTELES ha repetido una y otra vez que el manantial propio de los procesos naturales se encuentra en la continua generación de nuevos seres y en las alteraciones cualitativas preliminares. Mediante el concepto de la "producción, ó *feri*, como paso de lo posible á lo real, ARISTÓTELES ha introducido en la explicación de la naturaleza, y hasta colocado en su cima, la noción importantísima de la *evolución*. Fuera de la filosofía peripatética de la naturaleza, la palabra *evolución* es una careta engañosa, ó cuando menos un nombre vano.

Por otro lado, el que todas las generaciones ó transformaciones (*generatio* y *conversio*), y aun todas las alteraciones (*alteratio*), presupongan necesariamente el movimiento local, no es razón bastante para colegir que también, al revés, todo movimiento local sea precursor de una alteración ó aun generación. Es verdad que, en general, lo imperfecto existe á causa de lo perfecto, pero no es necesario que éste sea siempre traído por aquél. Esta es la razón por qué un sinnúmero de alteraciones en la naturaleza no conducen directamente á la generación, y por qué aun muchos más movimientos locales no son principio de ninguna alteración ó generación, aunque, en su carácter de simples cambios de lugar, tienen importancia en la economía de la naturaleza.

**375.** Puede desprenderse de las consideraciones que hemos hecho arriba que la filosofía peripatética distingue *tres clases de movimiento*: el movimiento en el espacio ó local, el movimiento cualitativo, ó sea la mutación, y el movimiento cuantitativo, ó sea el aumento y la disminución. Agréguese á éstos en cuarto lugar la generación y la corrupción. Sobre el movimiento local están las alteraciones cualitativas y cuantitativas, y sobre ellas están las mutaciones substanciales.

Ahora podemos acaso también abstraer más estrictamente el concepto más universal del movimiento de las diferentes especies del mismo del modo con que ya lo hemos bosquejado arriba.

Así como la forma es la actuación ó perfección (*ἐτελέγεια*) de la materia, en cuanto trae á la realidad lo que en la materia no está

<sup>1</sup> SILVESTRE MAU no hace una observación muy oportuna, pero que, por desgracia, es desatendida por los defensores de las teorías mecanísticas: Omnes formas, ut saepe docet ARISTOTELES, producuntur non sine aliquo motu; sed aliud est, quod hoc non fiat sine illo; aliud, quod hoc sit illud; e. g. aliud est, quod animal non ambulet sine pedibus, aliud est quod ambulare nihil aliud sit, quam habere pedes. (Quaest. philosoph., I, II, q. 4.)

sino potencialmente puesto, así el movimiento es la entelequia de la materia como de lo posible, la entelequia imperfecta, la transición de la posibilidad á la actualidad. El movimiento del arte, por ejemplo, consiste en que la piedra de que puede hacerse una obra de arte es, en realidad, convertida en tal obra por el trabajo del artífice. Dijimos que es la entelequia de lo posible como de lo posible. Y á la verdad el movimiento no toca á la estatua que se está haciendo en cuanto es piedra, puesto que, en cuanto piedra, no sufre mutación alguna, sino en cuanto la piedra incluye la posibilidad de ser convertida en estatua. De esta suerte, y en todos los casos, el movimiento es, según su concepto más universal, la realización de lo posible, la vía del ser potencial al ser actual, una posibilidad que tiende hacia la realidad, pero que aun no la ha alcanzado.

Mas no toda transición de la posibilidad á la realidad es "movimiento", en el estrecho sentido propio, sino solamente aquello que todavía no ha llegado á su fin. Alcanzado el fin el movimiento ha cesado ya, y su lugar es ocupado por la energía pura, por la tendencia en su perfección. Por esta razón el pensar no es movimiento propiamente, porque la acción del que está pensando es á la vez posesión espiritual de lo que piensa. Conforme á esta regla, el movimiento se distingue de la *mera* posibilidad porque es realización, y de la *pura* actuación porque en ésta la actividad enderezada á un fin es al propio tiempo consecución y posesión del mismo.

En un sentido más amplio é impropio, la noción del movimiento abraza toda mutación en las cosas naturales, y también toda generación y corrupción de ellas mismas. Esta generación y esta corrupción no pueden ser llamadas movimiento en sentido propio, porque en ellas el fin del movimiento está desde luego alcanzado.

**376.** Según su concepto, el movimiento presupone dos cosas: un ser real que posee la capacidad de engendrar movimiento, y un ser potencial ó imperfecto, pero que puede llegar á ser algo. Donde quiera, pues, que un ente individual se desarrolle partiendo de la mera posibilidad á la realidad, es necesario que le proceda otro ente individual y real, porque el movimiento no es posible sino donde le precede una realidad como causa motriz.

Por otro lado, donde quiera que una realidad actual se encuentra con una posibilidad, se iniciar á un movimiento correspondiente, á no ser que lo impidan obstáculos externos.

El movimiento en sentido pasivo tiene su asiento en la substancia. El movimiento activo es determinado por la forma, en cuanto ésta excita la actividad de la substancia.

Con la proposición establecida arriba, de que todo lo que

es movido es movido por otra cosa, no se pretende negar que las cosas movidas cooperen activamente en este su movimiento pasivo, sino que se afirma solamente que, en cuanto á su cooperación, dependen de otras, y, por lo tanto, no se mueven por sí mismas. Aunque un ser posea, además de la receptividad para la determinación que obtiene con el movimiento, la capacidad de darse una determinación á sí propio — como realmente sucede en los vivientes, — no es posible que esta capacidad ó potencia salga jamás enteramente por sí propia del estado de quietud para pasar al de movimiento. Como la vida orgánica debe ser despertada por influjos externos, así también toda capacidad cognoscitiva ó apetitiva debe ser determinada por la influencia de algún objeto á comimientos y apetitos reales. De esta suerte no padece interrupción la cadena de las cosas movidas unas por otras.

Toda vez que el movimiento como tal presupone un motor, el movimiento en general no es posible sino bajo la suposición de un ser que mueve sin estar sujeto él mismo á la ley del movimiento, ser que causa sin ser causado. El movimiento activo, ó sea el acto de causar, debe en todo caso ser lo primero de todo, pues sin él no podría empezar el movimiento pasivo ni podría ser causado nada. No puede eludirse esta consecuencia diciendo que las cosas movidas se mueven mutuamente, pues el motor debe siempre ser en acto ya aquello que la cosa movida no ha llegado á ser todavía; de consiguiente, la misma cosa no puede al mismo tiempo, y en la misma relación, ser movida y motriz. Tampoco es admisible la suposición de que el primer motor se mueva él mismo. Pues no pudiendo concebirse que en un mismo movimiento el ser entero se haya á la vez como motor y como movido, es fuerza distinguir y separar lo que mueve de lo movido, aun en aquello que á sí mismo se mueve. Queda, pues, verdad en todos los casos que debe haber una cosa no movida que sea la causa de todo movimiento. En breve, lo que presupone todo movimiento debe ser inmóvil.

377. En la apreciación del movimiento local están conformes la filosofía peripatética y la ciencia natural moderna. Pero mientras que los sabios modernos manejan este concepto sin haber examinado lo que traen entre manos, los antiguos han creído que conviene hacer objeto de las más serias reflexiones también este agente protagonista de la naturaleza. Así es que hicieron notar algunas peculiaridades de esa entidad inestable, de las cuales quisieramos mencionar algunas.

Puede considerarse el movimiento como estado y como fuerza de movimiento.

Mirando con alguna más atención el estado de movimiento, notamos al punto que la *continuidad* matemática, cosa detestada

como ninguna por los atomistas, pertenece á la esencia íntima del movimiento; de suerte que no hay movimiento concebible sin continuidad. Cuando se trata de movimiento, se acaba todo ensayo de atomizar, y por este lado al menos el "movimiento", tan mimado por los atomistas, derrumba sin piedad el fundamento de la explicación atomística de la naturaleza (núm. 323). Mientras el movimiento es continuo, existe; no bien cesa la continuidad por alguna interrupción, cesa también el movimiento, pudiendo sólo, después de terminada la interrupción, seguir con nueva continuidad. Basta hacerse mover el radio de dos circunferencias concéntricas para advertir con evidencia matemática que la continuidad es un predicado inseparable del movimiento; y aun cuando se compusiera todo movimiento de saltos y brincos, todo salto y brinco suelto sería en sí á su vez continuo.

Si el movimiento es continuo, no hay en él parte alguna que pueda designarse simplemente como principio ó fin. Pues por pequeña que tal parte sea, siempre habrá otra más pequeña aun con más derecho á pretender el carácter de fin ó principio.

Si el movimiento es continuo, nada de lo que está moviéndose está reducido al tiempo presente, pues ya se ha movido y todavía se moverá. El movimiento ni "principia", ni "acaba", por movimiento.

El movimiento es esencialmente sucesivo, sucesivo hasta lo infinito. Tampoco nace de momentos persistentes, así como la línea matemática no se origina de puntos extensos. Y como quiera que un solo momento indivisible es presente al tiempo presente, se sigue que el movimiento está en los tiempos pasado y futuro. El presente es á modo de un límite interior por el cual pasa veloz el movimiento como por el ojo de una aguja que no fuera mayor que un verdadero punto. El movimiento no está nunca completo (*fertig*); estando completo está muerto. Produce, y produciéndose se consume para volver á producirse; pónese, y poniéndose vuelve á levantarse, y levantándose se pone de nuevo, y todo esto en corriente continua, no interrumpida ni el momento más corto. No puede decirse de él simplemente que "sea". Pues el tiempo presente no está fijo, el pasado no existe ya, y el porvenir aún no existe. Al movimiento le compete, pues, aquel modo de existir que se designa con las palabras *werden* en alemán y *fieri* en latín, mal traducidas al español por "generación", las cuales encierran todo un mundo de arcanos maravillosos.

Luego no sólo en cuanto es *continuo*, sino también en cuanto es algo que es hecho en el sentido más íntegro de la palabra, el movimiento local juega una mala pasada á todos los naturalistas que siguen tendencias atomísticas y mecanísticas. En pro de la clari-

dad no quieren reconocer en la naturaleza más que "lo actual," afirmando que á lo sumo en nuestro modo subjetivo de concebir las cosas se da el *hacerse*, ó sea cosas posibles en vías de realizarse, mientras que fuera de nosotros, en la naturaleza, todo es actual. Cuando entonces se les piden las razones más profundas de su parecer, nos responden que el *feri* es "místico," que es un "misterio," siendo ministerio de la ciencia remover todo lo misterioso para que todos los dominios de la naturaleza resplandezcan como iluminados por la luz del Mediodía, limpios de todo lo que no sea realidad lisa y pura. Mientras alardean así, se les pone encima el diablo fatal que imaginan haber expulsado. ¿Por ventura no es el movimiento mecánico, en cuanto mutación local, la más clara y á la vez la más característica especie de evolución *ó feri* que conocemos?

Si se inquiriere *qué* sea el estado de movimiento, no puede ser dudoso que debe contarse entre aquellos accidentes que la antigua filosofía denominaba *modi* (núm. 339), pues es claro que no lleva consigo ni añade á la substancia *algo*, sino que designa sólo una afección real que, considerada en sí y aparte de la substancia, *no es nada*, sino solamente "es," algo, en cuanto *es en la substancia* y la modifica realmente. Recientemente se ha probado á reducir el movimiento á meras *relaciones*. Mas fijando la atención en el cambio de relaciones (proximidad, distancia, etc.), que suelen ser *consecuencias* del ser local (de la *ubicatio*), no se ha conseguido sino hacer más patente el carácter modal del movimiento mismo. Pues siendo preciso que aquellas relaciones reales que son alteradas en los movimientos tengan un fundamento real en la cosa relacionada, ¿cuál ha de ser este fundamento? ¿La substancia? ¿La cantidad ú otra de sus propiedades? Imposible. Pues muy bien puede ser el caso que el cuerpo movido quede completamente inmutado en relación tanto á su substancia como á cualquiera de sus cualidades, mientras que debe suponerse por otro lado que el fundamento en cuestión ha sufrido alguna mutación, sin la cual no hubieran podido variarse aquellas relaciones á que se pretende reducir el movimiento. Luego debe originarse en el cuerpo alguna afección real que sea el fundamento de aquellas relaciones, y cuya variación ocasiona la mutación real de las mismas.

Terminadas las consideraciones que juzgáramos necesario hacer sobre el *estado* de movimiento, vamos á decir algo sobre la *fuerza* motriz.

378. Al hablar de movimiento, á menudo no entendemos el estado singular en el cual se halla el cuerpo movido, sino la causa actual que produce el movimiento, ó sea aquella fuerza motriz cuya medida suele expresarse con respecto á una acción mo-

mentánea por el producto de la masa y de la velocidad ( $m \cdot v$ ), y cuando su acción continúa, se designa por la fórmula  $\frac{m \cdot v^2}{2}$ .

Como quiera que el movimiento entendido así puede producir efectos de muy diversas especies, debemos ver en él la actuación de una facultad ó potencia residente en todo cuerpo natural. El cuerpo está por este concepto provisto de una facultad de movimiento que descansa mientras no sale del estado de mera potencia, pero que también por tal ó cual influencia puede pasar á actuación más ó menos intensa, toda vez que ésta es mucho más enérgica en una bala disparada de una escopeta que en una pelota tirada por la mano. La antigua ciencia llamaba á la actuación de la potencia de movimiento *impetus* ó *impulsus*. La actualidad de movimiento concurre con otras á efectuar aquella universal realización de las facultades naturales que se designa como la suma siempre igual á sí misma de todas las energías vivas y potenciales. Cuando el Autor de la naturaleza llamó las cosas á la existencia, no sólo las dotó de las facultades correspondientes á su destino, sino que las puso también en acción en un grado determinado. Poniendo una cosa en movimiento á otra, se agota tanto movimiento actual en la causa cuanto surge en el efecto. Aquí tenemos la ley de la equivalencia, ley tan debatida en tiempos recientes, y de la cual hablamos ya en el número 141 y siguientes.

379. En conclusión, tratando del movimiento, los peripatéticos solían, conforme al ejemplo dado por ARISTÓTELES, someter á examen detenido todo aquello que de alguna manera se relaciona con el movimiento local. El movimiento conduce á lo determinado tal como se presenta en la naturaleza, pero procede de lo indeterminado, ilimitado, infinito. He aquí la razón por qué se prestaba tan cuidadosa atención al concepto de lo *ilimitado*. Particularmente la continuidad, que se manifiesta tanto en el movimiento como en general en todas las cantidades de espacio y de tiempo, despertó en ellos el deseo de conocer los límites á que está circunscrita.

Así como en los tiempos modernos se proclama como elemento integrante del mundo fenomenal cualquier continuidad ilimitada, ó pluralidad en esta ó aquella forma, algo semejante había sucedido también en la antigua filosofía de los griegos. Los atomistas tenían por tal el espacio ilimitado, presentándole como una cosa indescriptible, y que no es ni substancia ni accidente. ΠΛΑΤΩΝ y los pitagóricos hicieron de lo ilimitado hasta un elemento substancial de toda cosa.

Aquí, pues, aplicó ARISTÓTELES su acertada corrección, enseñando que lo ilimitado no es ningún concepto de substancia, sino de propiedad, y demostrando luego que en realidad de verdad no exis-

te nada ilimitado (esto es, nada que no pueda ser limitado de manera que una parte de ello no quede siempre fuera), ni en cuanto al número, ni en cuanto a la cantidad. Sus discípulos, excepto unos pocos, se han adherido a su opinión, siquiera no declarasen sostenibles todas las razones alegadas por su maestro. La consideración decisiva en esta cuestión es que es imposible formar el concepto de un número actual de unidades que sea infinito. Aunque puede haber una infinidad en el reino de lo posible y de lo inteligible, en cuanto tiene su razón en un ser absolutamente infinito, toda infinidad actual cesa no bien entramos en los dominios de las existencias actuales, porque todo número de seres existentes con existencia actual está determinado por la unidad; mas lo que por la unidad está determinado y limitado no puede ser infinito. Si no hay ningún número infinito, no hay tampoco ninguna cantidad infinita; pues tal cantidad debería contener en número infinito una parte determinada que se hubiese señalado en ella <sup>1</sup>.

## § VI

### El espacio.

**380.** Cuando se trata de lo "ilimitado", cuya existencia como cosa real ha sido relegada por ARISTÓTELES a lo imposible, propendemos á pensar primero en el espacio.

Tocante al espacio, el Estagirita todavía no había dado todas las aclaraciones apetecibles; pero sí señalado á la especulación el camino de la verdad relativa á este concepto, oscuro sobremañera. Refiriendo el cuerpo al espacio realmente llenado, cual de hecho existe en el mundo, ó bien considerando el cuerpo en el espacio como el pez en el agua, ó el árbol en el aire, ó el metal en la tierra, define el espacio del cuerpo diciendo que es *el límite interior del cuerpo circundante respecto al circundado*. De esta suerte queda por una parte excluida la opinión de los que tienen el espacio por una cosa aparte por sí misma, y prevenido por otra el error de los que no ven en el espacio más que una ficción subjetiva, á la que nada corresponde en el mundo externo, pudiéndose decir que están debidamente señaladas Escila y Caribdis. Mas aún no estuvo terminada la labor especulativa con respecto á la noción del espacio. Partiendo de la idea aristotélica, los peri-

<sup>1</sup> Para más pormenores acerca de esta cuestión véase nuestro tratado latino: *Institutiones philosophiae naturalis*, núm. 406 y siguientes.

patéticos posteriores han explanado el concepto del espacio, así como el del tiempo; de modo que en lo que tiene de esencial este concepto valdrá en todos los tiempos.

Preguntamos pues: ¿qué es el espacio en cuanto á su *concepto*?

No tememos errar cuando afirmamos que todos los pensadores concuerdan en atribuir al espacio relaciones íntimas con lo extenso, y luego también con la sucesión propia del movimiento.

Las Matemáticas no pasan de concebir el espacio como extensión abstracta con las conocidas tres dimensiones. El espacio *matemático* ó "puro", no es más que la extensión tridimensional.

Mas no es ése el espacio con que nos encontramos en la *naturaleza*. En ella el espacio es aquello en donde todo cuerpo se halla y puede mudar de sitio mediante el movimiento. Por oposición á los cuerpos movidos el espacio está en *quietud*, circundando y penetrando todo lo corpóreo. El espacio no es, por tanto, concebido como la substancia extensa de los cuerpos, pues ésto no es la que abraza, sino la que es abrazada, y no puede separarse del cuerpo que se mueve en el espacio. Tampoco coincide el espacio según su concepto con el límite ó la figura de los diferentes cuerpos, pues también, según esta concepción, los cuerpos no se moverían en el espacio, sino *con su espacio*, ni jamás podrán varios cuerpos entrar uno tras otro en el mismo espacio. Por una razón parecida el espacio no puede consistir en la distancia de un extremo al otro de cada cuerpo, pues ésta cambia igualmente con los cuerpos, mientras que el espacio se presenta á nuestra idea como algo que no sufre cambio.

Con mayor decisión aún debe rechazarse *a limine* el parecer de aquellos sabios que, como DESCARTES, pretenden hacernos creer que en los diferentes cuerpos no debemos ver más que espacio más ó menos condensado <sup>1</sup>.

Luego cuando en las ciencias físicas hablamos de espacio, nos figuramos el espacio extenso como lo enseña la Geometría, á modo de un receptáculo cóncavo que comprende ó puede comprender entes extensos. Los atomistas griegos pensaron ya en una especie de semejante "receptáculo".

Ordinariamente se concibe el referido receptáculo como *vacio*; de manera que, al entrar un cuerpo en él, el "espacio" deja de existir. Si tal fuera, resultaría que el espacio era una *negación*, por cuanto se imagina así que no hay espacio sino donde no hay aún nada extenso que excluya otras cosas del lugar respectivo. Mas esta concepción no es ni la más usual, ni la que la ciencia hace suya.

<sup>1</sup> CARTESI, *Principia philosophica*, pág. 4, n. 2 y 21.

La ciencia concibe el espacio como existente también allí donde se encuentran realmente cualesquiera cosas.

En las *ciencias naturales* se habla tanto de espacio lleno como de espacio vacío; representándose bajo el concepto de espacio, no sólo una *capacidad comprensiva* circunscrita á límites fijos, sino prescindiendo también de toda limitación determinada. Mientras se abandone la representación del espacio á la *fantasia*, bien posible será extender más y más los límites que lo encierran; pero nunca se llegará á removerlos por completo, puesto que á una facultad sensitiva, cual es la *velera* fantasía, no es dado, con toda su osadía, representarse nada ilimitado. Mas sí puede el entendimiento formar el concepto del espacio por abstracción, y enunciarlo, no sólo de este ó aquel lugar á modo de un concepto universal, sino también representárselo á modo de concepto particular con respecto á su uniformidad, exención de límites, necesidad y eternidad. En este caso tenemos el espacio vacío, que siempre fué y siempre será inmutable.

*Si fractus illabatur orbis,  
Impavidum ferient ruinae.*

El espacio absoluto es un objeto muy particular: *ens sui generis*, como con buen acierto observaban los antiguos atomistas; pide un tratamiento aparte y muy cuidadoso; cuando ocurre la más ligera equivocación, el muy caprichoso causa la más temible confusión; y en efecto, en ninguna filosofía que no sea la peripatética se sabe hasta ahora cómo dominar al coloso testarudo. Este objeto se nos presenta como algo absoluto, pues á poco que reflexiono reconozco con necesidad forzosa como existentes en el espacio todas las cosas de que vengo en conocimiento mediante los sentidos, y hasta puedo prescindir de la existencia de todas las cosas del mundo externo, y aun de la mía, mas debo dejar la suya al espacio. No puedo imaginar que no haya espacio, al paso que con la mayor facilidad puedo figurarme que no se encuentren cosas en él. A modo de un océano inmenso, el espacio lo recibe todo sin agrandarse ni ser desalojado de manera que se pueda decir: allí donde antes había espacio, hay ahora otra cosa, siendo más bien *una* entidad suprasensible, ó si se quiere supracorpórea, la cual lo abraza y lo penetra todo. Es ilimitado; si desde la estrella más remota de todo el complejo de estrellas se dispara un cañón de Krupp, y si la bala pudiese continuar avanzando hasta la eternidad, en ningún punto tendría que pararse porque el espacio se acabase allí. Hay espacio en todas partes; y en todas partes, aun allí donde jamás penetrará la observación de ningún

astrónomo, está constituido del mismo modo geométrico como lo está la extensión que hallamos en los cuerpos.

381. No debe confundirse con el espacio del universo aquel espacio *privado* que todo individuo construye alrededor de sí mismo. El centro de este espacio está en la cabeza del que ve, detrás del punto medio de la línea que une sus dos ojos. De allí parten los radios de localización propios y peculiares de todo individuo hacia todas las direcciones. Desde ese centro juzga cada uno el lugar y la distancia de todas las cosas, tanto las estrellas en el cielo como la mesa y la silla; hasta las manos, las orejas, los ojos, la raya del pelo, los pies son determinados desde él como situados *abajo ó arriba, á la izquierda ó á la derecha*. Este es un hecho fundamental de toda percepción sensitiva acompañada de alguna reflexión <sup>1</sup>.

Como quiera que todo individuo es capaz de causar modificaciones en sí mismo mediante innervaciones diferentes de los nervios motores—ya sea torciendo la cabeza ó los ojos, ya sea paseándose de un lado á otro—no hacen falta muchas observaciones fisiológicas para comprender que el hombre puede, mediante tales movimientos, producir también variaciones importantes en su espacio privado. Las determinadas relaciones de espacio de objetos externos conmigo son *producto mío*, por cuanto yo soy quien he producido las variaciones en él mediante los movimientos por mí ejecutados. No el espacio mismo, el cual es el *substratum* de esas relaciones locales, sino las relaciones locales mismas fundadas en la situación por mí causada, dependen de mí.

Cuando en la Filosofía se trata de espacio, no se suele entender por él ese panorama privado que todo ser cognoscitivo construye de por sí con más ó menos conocimiento de lo que hace, y lo lleva consigo á todas partes, aun al sepulcro, sino aquel supuesto vacío extendido más allá de todo límite que está por debajo de todas las extensiones y movimientos corpóreos, y que, siendo en sí mismo eterno é inmutable, encierra en su seno todas las mutaciones. Nos las habemos con este fondo del cual se destacan todas las cosas corpóreas: este *ens sui generis* de los antiguos atomistas, este espacio universal, existe con independencia de mí, pues existió antes que yo y existirá después de mí.

¿Qué *realidad* externa corresponde ahora á nuestro concepto del espacio? He aquí la segunda y la más importante cuestión de las que pueden suscitarse acerca de esta materia.

382. Que el espacio no puede ser ninguna entidad que tenga existencia real fuera del espíritu cognoscente, ya lo hemos apren-

<sup>1</sup> Cf. LIEBMAN, *Análisis de la realidad*, pág. 46.



dido de ARISTÓTELES. Siendo como es el espacio una magnitud ilimitada, no puede existir con existencia real, puesto que no la puede tener nada que sea ilimitadamente grande. HERBERT SPENCER expresa lo mismo cuando dice: "Si el espacio es una entidad real, nos hallamos con que somos absolutamente incapaces de formarnos una imagen de un espacio ilimitado; y sin embargo de esto, no somos más capaces de representarnos límites más allá de los cuales no haya más espacio".

El espacio antecede, según su concepto, á toda cosa extensa, en cuanto que se la debe pensar con necesidad como existente en el espacio. Si el espacio fuera, pues, una entidad real, se le debería pensar á su vez en otro espacio, y éste en un tercer espacio, encajándose sin fin los espacios unos en otros como las hojas de la cebolla.

Si el espacio fuese algún ente real, sería posible pensar que no existe, toda vez que nada obsta á que borremos de nuestro pensamiento la existencia de toda cosa real y establezcamos en ella el vacío absoluto. Mas aquello no es posible; pues aun cuando extinguiésemos en nosotros las ideas de todas las cosas, la del espacio permanecería indeleble.

Por último, no puede ser dudoso que el espacio está precisamente allí donde existen otros cuerpos; luego si el espacio fuera una cosa real tendríamos dos entes naturales que se hallaban en el mismo lugar compenetrándose mutuamente, suposición que contradice seguramente á las leyes naturales, cuyo conocimiento nos viene de otras partes.

Mas ¿no sería lícito decir, como dijeron CLARKE, NEWTON y otros, que el espacio es uno de los atributos de la Divinidad, á saber, la inmensidad divina, á la cual están presentes todas las cosas? No, esto es inadmisibile. Porque si bien de parte de la Metafísica puede reconocerse que el espacio, como todo lo que puede ser pensado y representado por inteligencia humana, tiene su más profunda razón de ser en una perfección de la causa primordial de todas las cosas, y muy especialmente en la inmensidad divina, es imposible *identificarlo* con un atributo divino. Sea lo que quiera, el espacio, sin duda, es algo extenso y divisible; luego posee partes, aunque partes *sui generis*; pero todo atributo de Dios es absolutamente indivisible y simple, y no admite partes por ningún concepto.

¿No debe decirse, en el sentido de LEIBNITZ, que el espacio resulta de la yuxtaposición de las cosas que en este mundo existen? A esto debe replicarse que debe reconocerse la existencia de relaciones locales en el mundo de los cuerpos; mas éstas no *hacen* el espacio, antes lo *presuponen*, puesto que se hallan jun-

<sup>1</sup> *Fundamentos de la Filosofía*, pág. 48 en la traducción alemana.

tamente con su fundamento en el espacio, el cual, por otra parte, excede infinitamente á toda relación local que es dable imaginar entre linderos fijos, y permanece siempre inmutado, al paso que todas las relaciones locales están sujetas á cambio constante. Aquello en que existe la yuxtaposición, no puede ser resultado de la yuxtaposición.

¿O no se podría ver el espacio, como lo hicieron algunos platónicos, entre los cuales nombramos sobre este punto á BALMES, en la extensión aneja realmente á los cuerpos? Tampoco esto lo podemos admitir. Porque pensando en el espacio prescindimos de toda extensión de cosas reales, y debemos pensar el espacio aun allí donde no existe absolutamente *ninguna* cosa real.

333. Concluimos, pues, que el espacio no tiene ninguna realidad existente fuera de nosotros. En cuanto hablo del espacio como de cosa real, no hago sino emplear un recurso humano, un modo subjetivo de concepción. Notemos que de modo parecido hablamos también de un agujero ó de la ceguera, ó de la identidad ó de la posibilidad abstracta, como si todas éstas fueran cosas que tuvieran existencia fuera de mí. Digo: el cañón tiene un agujero en medio; el ojo está ciego; toda cosa es idéntica á sí misma; la posibilidad absoluta antecede á la realidad, sin que al hablar así pretenda atribuir el carácter de cosas reales al agujero ó á la posibilidad absoluta. No son éstas más que "cosas-ideas", las cuales, en cuanto son tratadas á modo de cosas reales, no pueden reclamar otro ser objetivo que el que les confiere el *sujeto* cognoscitivo, pero ningún ser *real*.

Semejante ficción subjetiva será, por lo tanto, también el espacio, esto es, aquel "receptáculo", presupuesto por todas las cosas corpóreas, en cuanto de él hablo como de receptáculo real. Bajo este concepto no tiene ser objetivo sino en el sujeto cognoscitivo. Porque siendo disposición del entendimiento humano tener por objeto alguna entidad, algún ser, concibe él hasta lo que no tiene ser alguno á modo de un ser, á fin de poderlo percibir é introducirlo, ya como sujeto, ya como predicado, en alguna oración.

Creemos poder presuponer que el espacio no es en ningún caso una ficción abandonada á nuestro arbitrio; antes bien es una "cosa-idea", *bien fundada* y de manera que flota en él ante nuestra mente algo positivo cuando concebimos el espacio. Luego el espacio no es una "cosa-idea", *huera*, como lo es una negación. Lo que me represento existe de modo positivo, aunque no exista *así como* lo concibo, á saber, como cosa real.

334. Ahora procede hacer la pregunta que ha sido tan discutida: ¿Tiene nuestra concepción del espacio una causa objetiva y formal en el mundo externo, ó no es *más* que un modo subjetivo

de concepción? Es sabido que desde KANT los sabios modernos creen tan firmemente en la absoluta subjetividad de la noción del espacio, que pasa por un dogma definido y del cual ya no se permite dudar á nadie. Sólo disienten en cuanto los unos afirman que la idea del espacio es ingénita en nosotros como *categoría* hecha y derecha—nativistas,—mientras que los otros ven en ella solamente un *hábito* subjetivo, desarrollado mediante el ejercicio continuo—empiristas ó genetistas,—mas ambas opiniones concuerdan en que en el mundo externo no corresponde á nuestra concepción del espacio nada que tenga de algún modo el carácter de extensión geométrica, y que no podemos haber tomado éste de la experiencia, ó sea de la intuición de un mundo real.

La filosofía aristotélica concede al nativismo que, por parte del sujeto que conoce, debe existir la *capacidad* innata de producir la concepción del espacio, y no sólo una capacidad, sino también una *propensión* primitiva; al empirismo le concede que esta capacidad está ordenada naturalmente á adquirir la perfección correspondiente mediante *su uso y ejercicio habitual*. Pero, á diferencia de ambas teorías, sostiene que algo corresponde á la concepción del espacio por parte del mundo real, y que tomamos la noción del espacio de la experiencia de modo parecido á aquel con que formamos las demás concepciones *é ideas*. En apoyo de esta su teoría hace las siguientes consideraciones:

Es claro que aquello que flota como objeto ante mi mente cuando hablo del espacio como de una cosa real, debe encontrarse allí donde los hombres y animales se mueven y agitan, donde la vegetación despliega las pompas de sus follajes y flores, donde las estrellas miden la longitud de sus órbitas gigantescas; en breve el espacio debe estar allí donde se dan el movimiento real y la extensión real, pues todo eso es y sucede en el espacio, ó bien para todo eso el espacio es la presuposición necesaria é imprescindible. Es así que atribuyo con necesidad natural la extensión y el movimiento á las cosas existentes en el mundo externo con la misma necesidad natural y lógica con que, en general, juzgo que *fuera de mí* hay otros hombres, que hay seres irracionales, estrellas, etc.; luego también el objeto que corresponde á mi noción del espacio debe hallarse en el mundo externo. "El hecho mismo en que KANT apoya su hipótesis," observa HERBERT SPENCER, á saber, que no puede suprimirse nuestra conciencia del espacio y del tiempo, deponen contra su tesis, pues esa conciencia del espacio y del tiempo de que no logramos nunca deshacernos es la conciencia de ellos como de existencias objetivas... El testimonio directo de la conciencia dice así: "El tiempo y el espacio no están dentro, sino fuera del espíritu, y con tanta independencia de él que no es posi-

ble imaginar que no existan aun cuando el espíritu dejase de existir". Es verdad que, en segundo lugar, la imposibilidad de librar nuestras concepciones del concepto del espacio geométrico tiene también una razón en el sujeto cognoscitivo, en cuanto la facultad sensitiva de representación propende de suyo á la noción del espacio ó al concepto de la extensión geométrica; ésta es la base insustituible de todos los objetos representables externos; donde ella falta ó se abandona, la imaginación toca al término de sus esfuerzos, más allá del cual no penetra sino el entendimiento especulativo sin el acompañamiento de la fantasía.

Mas no sólo hay fuera de mí un espacio que corresponde á mi concepción del espacio, sino que la obtengo únicamente por la experiencia del mundo externo. Usando de mis sentidos percibo cosas que son extensas, ó bien la extensión pertenece á aquellas afecciones de las cosas externas que son accesibles á mis sentidos. No encuentro dificultad en atender solamente á la extensión prescindiendo de todo lo demás. Como noto que una cosa es más grande que otra, puedo ensanchar cuanto quiero los límites de la extensión que me represento. Mas en las cosas, no sólo observo su extensión concreta, sino también que están *aquí, ó allá, ó en otra parte*, puesto que también esto se presenta directamente á mis sentidos junto con las cosas mismas. Advirtiéndome luego cómo las cosas cambian y mudan en incesante vaivén los lugares que ocupan, aprehendo la extensión, no sólo como algo perteneciente á los cuerpos, sino también como algo que comprende, ó cuando menos puede comprender en sí, al cuerpo extenso. Entonces poseo la representación de aquel espacio ó lugar que abandona el cuerpo al comenzar á moverse. Cuando éste ó aquel cuerpo abandona su lugar con relación á la reunión de cuerpos que me circundan, el espacio se me presenta en estado de quietud, junto con las cosas, alrededor mío. Pero esta quietud es meramente *relativa*. El espacio del cuerpo se me presenta en estado de quietud solamente en cuanto lo pongo en relación fija con los objetos que me rodean, y éstos no me aparecen como positivamente quietos sino cuando los comparo con el cuerpo que entre ellos se mueve. Prescindiendo de esto, todo lo que se halla en torno mío me aparece como quieto solamente en sentido negativo, por cuanto mis sentidos no me autorizan á afirmar que se mueva. Por ejemplo, para quien se encuentra en el camarote cerrado de un buque, lo que no se mueve aunque él se mueve allí, es el interior del navio; para nosotros los habitantes de la Tierra, lo inmóvil es el espacio fijado por la Tierra en atención á los fenómenos telúricos, á los cuales ajus-

<sup>1</sup> Fundamentos de la Filosofía, pág. 49.

tamos también las locuciones de la vida práctica, hablando de "arriba", y de "abajo", y de la "salida", y del "ocaso", del Sol. Elevándonos sobre la Tierra, fijáramos dentro del sistema solar según el Sol lo "inmóvil", dentro de lo cual se mueven los planetas.

Mas todo eso no es más que espacio relativo.

El espíritu humano puede representarse en su pensamiento la universalidad de todos los cuerpos existentes, concebir en el universo mundo de estrellas fijas un poderoso sistema de ejes de posición inmóvil, alrededor del cual se efectúan los movimientos de todos los cuerpos creados sin excepción. Entonces tendremos el *espacio absoluto*, que es ilimitado é inmóvil. No bien hemos formado este concepto, aunque antes no, podemos conocer, en el sentido pleno de la palabra, que las cosas existen en el espacio y en él se mueven.

Así, pues, hemos partido de la mera percepción de las cosas que existen en el espacio: hemos aprehendido el espacio mismo con auxilio de la fantasía y del entendimiento, y conocido entonces las cosas también *en cuanto* existen en el espacio <sup>1</sup>.

**386.** No hay quien no conozca al punto que la doctrina que acabamos de exponer, y que es la que nos ha legado la ciencia antigua, salva la base necesaria de las ciencias físicas. Pues ¿qué va á ser de todo el mundo de movimiento y extensión si no hay espacio fuera del espíritu cognoscitivo? Entonces no nos las habríamos ya con una realidad investigable, sino con apariencias sin ser, con pura alucinación; la ciencia natural no sería ya tal ciencia, sino una ciencia de las ilusiones, ó sea una parte de la psiquiatría, porque ya no trataría de otra cosa que de indagar la causa desconocida de nuestras ilusiones, y más que nada importaría curar al hombre del vano empeño de creer que existe fuera de él nada que sea de algún modo conforme á sus ideas.

Mas ¿es sostenible la objetividad peripatética del espacio? Hay quien dice que no es posible concebir la necesidad geométrica inherente esencialmente á las determinaciones del espacio si el espacio posee un fundamento objetivo y no estriba por entero en el sujeto. Pero ¿ha de estar, pues, el sujeto más firme que el objeto? Ya dijo CICERÓN que no hay absurdo que no sea afirmado por algún filósofo. "Si la certeza de la Geometría descansa en ese sostén, dice TRENDLENBURG, viene á tierra con su sujeto; y si se considera el espacio como forma dada, puede variar este don fortuito, pues nada obsta á la posibilidad de que otros mo-

<sup>1</sup> Nos hemos extendido más prolijamente sobre la realidad objetiva del espacio en nuestro escrito: "Insubsistencia de la ciencia moderna" (*Haltlosigkeit der modernen Wissenschaft*), Friburgo, 1877, página 52 y siguientes, y en el otro: *El fenómeno del mundo*, Friburgo, 1880, pág. 123.

dos de concebir tengan otras formas, acaso, si gusta á los dioses, la de un espacio de dos ó cuatro dimensiones. Entonces no han sido más que ficciones de nuestro casual modo de concebir las cosas todas las conquistas que hicieron las Matemáticas, todas las leyes á que sujetaron las cosas, todas las órbitas que prescribieron á los cuerpos celestes, todas las relaciones á que se ligaron los movimientos. Esta posibilidad no se opone á la teoría como un capricho arbitrario, sino que nace de la teoría por sí sola <sup>1</sup>. Ahí vemos cuánto más sólida es la base y cuánto más firme el sostén que la filosofía antigua ofrece á las Matemáticas. Conforme á lo que ella enseña, vemos las leyes de la Geometría fluir con férrea consecuencia de la ley inmutable de la *materia inteligible*—según decían los antiguos—ó bien de la esencia férrea de las cosas extensas. No las aprehendemos con la vista ó el tacto, no; la experiencia externa nos suministra solamente el material concreto, libro en el cual los ojos del espíritu leen las leyes metafísicas del ser inmutable, en cuyo molde el espíritu primordial ha formado las cosas creadas con necesidad lógica. Firmes como la roca están las Matemáticas, así como la Metafísica.

**387.** El espacio no es *ni* una realidad subsistente por sí misma, *ni* una concepción *meramente* subjetiva, sino la concepción de *algo*: he aquí el resultado de las reflexiones que preceden. Mas antes que resultado es un problema nuevo. Porque ahora vuelve á surgir la pregunta grave: ¿Qué es, pues, este *algo*?—No es una cosa existente con existencia real.—Luego ¿no es nada?—La afirmación de que el espacio y el tiempo son no-entidades observa HERBERT SPENCER, se destruye á sí misma; no-entidades son no-existencias, y el enunciar que no-existencias existen objetivamente, es una *contradictio in adjecto*. Además, si se niega que el tiempo y el espacio sean cosas, ó en otros términos, que pueden ser llamadas *nadas*, paramos en el absurdo de que hay *dos especies* de *nadas* <sup>2</sup>. Pásale al sabio inglés lo que á tantos otros ha sucedido: su filosofía se parece á la flauta de que ya hablamos arriba, la cual, fuera del silbo agudo del ser pleno y del tono sordo de la nada absoluta, no emite sonido alguno. La doctrina de SPENCER sobre el espacio brilla en medio de una serie pomposa de otras discusiones por las que el ingenioso escéptico pretende demostrar que el pensamiento humano no puede dar un paso sin tropezar y caer en contradicciones. Quien afirma que el espacio es una cosa actual, se contradice; se contradice quien sostiene que es la nada absoluta. Si no hubiese término medio entre nada y algo, SPENCER

<sup>1</sup> *Disquisiciones lógicas*, I, pág. 260.

<sup>2</sup> *Loc. cit.*, pág. 47.